

partido, que se había abstenido de obrar, por la postergación injusta á que se le había condenado. El Ministerio clerical no había logrado hacer entrar *un peso* al erario imperial, ni salvado una plaza, ni evitado una derrota, ni obtenido una victoria, ni hecho sentir fuerza alguna protectora del Imperio. El desmoronamiento había continuado con más fuerza; era el momento de dejar una tarea en la que se había fracasado y devolver honradamente al Archiduque su plena libertad de acción y aun aconsejarle que abdicara, caso de que los Ministros tuvieran por su soberano, si no afecto personal, por lo menos compasión.

Si el partido clerical en el poder no había logrado mejorar la infeliz situación del Imperio, no había otro partido que ofreciera á Maximiliano apoyo, ó que hubiera en aquellos días aceptado la fúnebre sucesión del Ministerio conservador. Maximiliano estaba obligado á abdicar, ó luchar apoyándose en el partido conservador, el único que se hacía ilusiones, no de salvar al Imperio, pero sí de poder establecer una república conservadora sobre los escombros del Imperio, para lo cual y sólo por el pronto, la presencia de Maximiliano era indispensable.

CAPITULO IV

EL DUELO ENTRE DOS PERFIDIAS.

El 8 de Julio de 1866, la resolución de Maximiliano, *un Hapsburgo*, era abdicar en el caso de que la misión de la Emperatriz Carlota, no obtuviese satisfactorios resultados. Sesenta y ocho días después, el 16 de Septiembre, en un ampuloso discurso oficial, el Archiduque declaraba *que no abdicaría*, porque « *un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto en el momento del peligro* ».

El *verdadero Hapsburgo* sale para Cuernavaca á principios de Octubre de 1866, á solazarse con las bellezas del clima cálido, en su poético albergue llamado « *Olindo* », lejos del bullicio de los negocios en que se está jugando con la seguridad del desastre la suerte del Imperio. El día 8 de Octubre (1866) volvió Maximiliano al castillo de Chapultepec. « Al volver de Cuernavaca el Emperador había preparado con Herzfeld un proyecto según el cual se convocaría un congreso nacional *que decidiera acerca de la forma de gobierno para el porvenir* (1). »

(1) Doctor Basch, *Recuerdos de México*, pág. 11.

En su discurso de 16 de Septiembre de 1866, Maximiliano declaraba que permanecería en su puesto, no obstante el peligro, « porque la mayoría de la nación lo había elegido para que hiciera valer sus derechos contra los enemigos del orden, de la propiedad y de la *verdadera independencia*. » *La verdadera independencia* para Maximiliano había sido entregarse á los franceses, pedirles órdenes, alegar haber sido sumiso como un sirviente de Napoleón. Sea como fuere, del 16 de Septiembre al 10 de Octubre inmediato, *veinticuatro días habían bastado* para hacerle cambiar de resolución, apelando á un congreso nacional para que decidiese sobre la forma de gobierno en el porvenir.

Como idea europea, para la *Europa electoral* era soberbio el proyecto de someter á la voluntad del pueblo la forma de gobierno, siempre que el país europeo á quien convenía la idea europea estuviese en paz. Pero en plena guerra extranjera y civil, proponer la organización de una asamblea electoral, era un dislate europeo y en México donde *el voto es imaginario*, y el poco efectivo *inerte*, donde la historia decía con letras de *cartel de aviso*, que todo gobierno había tenido por título el triunfo de sus armas, pensar en resolver el problema por la voluntad nacional era un absurdo. Según aseguraba el Barón de Pont, Maximiliano había leído la historia de México por Alamán y en cuanto á *voluntad na-*

cional gobernante, Alamán la trata de farsa, de fraude, de juego de intrigantes y, sobre todo, de inútil.

La volubilidad de Maximiliano era la manifestación de una lucha sin tregua entre sentimientos é ideas opuestos. Los acontecimientos le indicaban que era necesario abdicar; pero más que su ambición de un poder que se había mostrado hasta entonces bien miserable, tenía ambición de vengarse de Napoleón III, por el absurdo agravio de que éste no sacrificaba á Francia por sostener el trono mexicano. Basch, que lo estudiaba íntimamente, acaba por confesarlo : « Los conservadores que hasta entonces tenían suspendidas sus relaciones con el Emperador, habían adquirido en la persona del padre Fischer un aliado eficaz y en contacto con el príncipe; por intermedio suyo, fué posible hacer llegar á éste sus promesas y sus ofrecimientos. Fácil acogida hallaron sus proposiciones; *sonreía al Emperador el pensamiento de mantenerse en el trono sin el auxilio de los franceses y á despecho de éstos, con la cooperación de los conservadores á quienes hasta entonces se les había dado de mano* (1) ».

Si tal fué la intención de Maximiliano al escuchar las promesas y ofrecimientos de los conservadores y llamarlos á su lado, fué una indignidad incalifi-

(1) Basch, pág. 23.

cable la carta-satisfacción á Bazaine que ya copié y en que dice Maximiliano que jamás seguirá una política que no sea digna de él y de sus *gloriosos aliados*. Era un triste modo de quebrar con los franceses arrodillándose, como siempre, ante su poder.

« Vanas fueron las tentativas, hízose á un lado el pensamiento de la asamblea nacional propuesto por el Emperador, y en cuanto á dinero, quedó en *promesa* como se acostumbra en México.

« Los conservadores que, por medio del Ministerio Lares, se habían hecho dueños de la situación, dieron á conocer, no bien se les presentó la oportunidad, que ante todo pensaban en reforzar su partido; el cual quizá flaquearía en el congreso; poco se cuidaron por tanto de secundar los designios y las miras del Emperador, á los que no tardaron en oponer su veto. Sin ocuparse de otra cosa, se lanzaron atrevidamente en el camino que se les ofrecía (1) »...

No encuentro justificado tan furibundo reproche del Doctor Basch. El partido conservador, como su nombre lo indicaba, no era ni podía ser lo que impropriamente se llama un partido personalista. Cuando un partido principista, y no les puede haber de otra clase, llega al poder, es precisamente para poner en acción sus principios. Si hicieron

(1) Basch, págs. 26 y 27.

á un lado el pensamiento de la asamblea nacional y si no secundaron las miras y los designios del soberano, que entre paréntesis eran desatinados, obraron legítimamente y sus deberes como hombres de principios debían pasar sobre las indicaciones, deseos ó voluntad del Emperador.

Los partidos políticos obran imponiéndose, están organizados para mandar, son potencias, no súbditos. Maximiliano había ejercido aparentemente el gobierno *ultra personal* mientras contó con la omnipotencia de las bayonetas francesas. Faltándole éstas, el gobierno *ultra personal* era imposible. El partido conservador comprendió que á Maximiliano, si no abdicaba, no le quedaba más recurso que ser gobernado por el único partido mexicano sobre cuyos intereses políticos era posible únicamente mantener su corona. Cualquier partido honrado europeo habría hecho lo que el conservador en Octubre de 1866.

Sucedió lo que debía suceder. Maximiliano había sido un súbdito de los franceses, y un verdadero soberano absoluto para los mexicanos, á quienes en el fondo de su conciencia despreciaba profundamente, lo mismo que todo su séquito de extranjeros.

Sintiéndose sagrado, irresponsable, absoluto, debe haber recibido como un tormento ser desatendido, oprimido, gobernado, enfrenado, obser-

vado y aun amenazado, por hombres que hasta entonces había visto como simples sabandijas, y por lo tanto debe haber sentido contra ellos desmesurada antipatía; y su orgullo de descendiente de Carlos V debe haberse desbordado en su interior, en su propia alma, no pudiendo estallar en cóleras y fulgores olímpicos. Los ministros mexicanos que hasta la entrada al poder de los conservadores había tenido Maximiliano, se habían portado como infelices cortesanos, sostenedores á fuerza de servilismo de su aparente encumbrada posición. El Imperio fué para el partido moderado, una cloaca para su prestigio, una mancha para su historia, una debilidad mayor que todas las que formaban su programa, un desengaño de sí mismos y un asombro para la historia, pues con corazones de canarios y temple de mariposas firmaron la siniestra ley de 3 Octubre de 1865. Se decidieron á gesticular como Nerón con tal de no perder su puesto, determinaron beber sangre cuando su sed sólo era de abyección.

D. Teodoro Lares y sus compañeros de gabinete, aparecieron como debían aparecer, como verdaderos ministros, como órganos de un partido que llevaba en sus pergaminos cuarenta años de maldad, decisión, sacrificios por sus principios: su deber era gobernar, su derecho imponerse, su justicia hacer de Maximiliano su simple órgano

ejecutivo, no un amo divino resplandeciente de orgullo y tiranía. Los conservadores, en aquel momento, jugaban la cabeza, jugaban sus bienes; ya habían perdido su honor; el mundo los llamaba traidores y en estas condiciones, cuando á sus espaldas y á su frente zumbaba una tempestad de fuego y sangre, no se acepta el ministerio para divertir al rey con boleros políticos ni con frases melosas rimadas por las castañuelas infatigables de la adulación.

El Ministerio Lares debió renunciar al momento en que O'Horán hacía una hecatombe en Tlálpam para castigar una conspiración probablemente imaginaria. La delicadeza obligaba á los ministros á renunciar; pues lo indicado era que fuesen despedidos si Maximiliano quería elevarse hasta ser **alguien**. Pero desde el momento en que el Emperador abandonó la ciudad, á principios de Octubre para realizar idilios con la flora de Cuernavaca, en momentos de suprema y última crisis para su imperio, el ministerio inepto adquirió el derecho de seguir cayendo con el Imperio.

Maximiliano tenía frenesí por un llamamiento al pueblo con el objeto de que decidiera en definitiva sobre la suerte del Imperio, en virtud de que había tomado muy á lo serio las ovaciones que recibía en sus viajes servilmente preparadas por la efusión violenta de autoridades que cuida-

ban con esmero sus especiales ambiciones. El Archiduque no se había fijado en uno de los mejores trozos de nuestra historia sobre ovaciones á los gobernantes. El general Santa-Anna era ya visto como tirano abominable cuando su cuerpo adulatorio discurrió desenterrar la pierna de Su Alteza perdida el 5 de Diciembre de 1838 en un vuelo magnífico de cobardía.

La descripción del *homenaje nacional* á poco más de un kilogramo de huesos blanqueados y perfumados que habían armado la pantorrilla militar de Su Alteza, era imponente como prueba decisiva de las expansiones borrascosas de la humana abyección. Ni la entrada á la ciudad de México del ejército trigarante en 1821, ni la procesión del Corpus del año 1834, memorable por su fausto y solemnidad, ofrecieron esplendor igual al paseo triunfal del **miembro** que, como amuleto oriental, debía ser el signo de la felicidad de los mexicanos. **El miembro sagrado** se colocó en un catafalco **pernil** conseguido expresamente para circunstancias tan excepcionales, porque era la primera reliquia de hombre vivo que honraba la humanidad. Los oradores más notables se desataron en salmos salomónicos contra la pierna y hubo uno que aseguró que la pierna desde lo alto de su catafalco, contemplaba al pueblo mexicano feliz á los pies de su benefactor, el general Santa-Anna.

Poco tiempo después, el dueño inmortal de sus inmortales restos fué arrojado del poder por medio de un *soberbio cuartelazo* y el pueblo prorrumpió en sonoros y frenéticos aplausos.

En Europa es muy difícil que la autoridad improvise ó prepare una espléndida manifestación política dedicada á un personaje odiado, despreciado ó indiferente. En México, la regla que presentaba nuestra historia era que las ovaciones valen no lo que los personajes á que están dedicadas, sino en relación con el dinero que cuestan y con la inspiración artística de las autoridades que las preparan. El pueblo mexicano es escéptico ó ecléctico en materia de ovaciones; asiste á todas como asiste al teatro sin conmoverse. Impresiona más políticamente á nuestro pueblo el Tiberio del drama « Germánico », paseado en el escenario de un teatro de barrio, que un Tiberio verdadero de carne y hueso, paseado por las calles de la capital en hombros de sus aduladores. El pueblo mexicano asiste á las ovaciones oficiales intituladas populares, como concurre á los fuegos artificiales, decidido siempre á silbar al cohetero; asegura él mismo haber tomado parte en la fiesta con su presencia, porque dice no ser barbero, y censura, sin sublevarse, á los que hacen fiestas oficiales porque son *barberos*. Aun cuando el pueblo llegue á tomar parte en una fiesta política y á mostrar cívico

entusiasmo, cuando termina la fiesta se conduce como cuando termina la función del teatro; nada le importa la suerte del rey que apareció en las *tablas*.

Maximiliano llegó á tener la debilidad romántica de creerse un príncipe amado por el pueblo y tuvo esperanzas de llegar á ser el ídolo de la nación, especialmente de la indígena, y para conseguirlo sentaba á su mesa en Cuernavaca á indios en paños menores. Masseras censura con razón estas comedias sin arte, en las que el soberano no podía ocultar su interna desesperación para llenar deberes espantosos de igualdad y confraternidad.

La conspiración de Tlálpam, real ó imaginaria, y cuyo objeto era asesinar á Maximiliano, lo impresionó profundamente, sobre todo cuando recibió envuelto en un paño negro el fusil destinado á disparar la bala regicida, regalo caprichoso y macabro del general O'Horán, verdugo inimitable de los conspiradores (1).

Cediendo el Emperador al veto del Ministerio Lares, reprobatorio de la convocatoria de una asamblea nacional para que decidiera de la suerte del Imperio, dejó obrar á sus tiranos los ministros y se entregó á melancólicas meditaciones, en vez de llenar el deber de ejecutar enérgicos proyectos de

(1) Basch, pág. 29.

salvación. El 18 de Octubre recibió la noticia de la locura de la Emperatriz y su grande y sincero dolor le inspiró el pensamiento sano de abdicar y de abandonar inmediatamente el país. Consultados sus fieles amigos, Basch, Herzfeld y Bilimeck, que constantemente lo acompañaban, resolvieron éstos que la resolución única de todas las dificultades era la abdicación.

Maximiliano debió entonces obrar como se lo dictaban su posición, la honradez y las conveniencias. El Emperador no podía abdicar como Carlos V con el derecho de designar sucesor al trono que voluntariamente abandonaba; iba á abdicar porque su trono era imposible, no su persona. La República, tenía que suceder al Imperio y cuando se reconoce que la república, democrática ú oligárquica, es lo único posible en un país, no se puede pretender designar al jefe supremo constitucional de esa república, cuyo acto corresponde al pueblo ó á los que en su nombre forjan elecciones.

Maximiliano tenía el deber, si había decidido abdicar, de retirarse resignando el poder en manos del que realmente se lo hubiera dado; es decir, en manos del gobierno francés. Pretender designar

un gobierno provisional extraño ú opuesto á las miras de Francia y de Juárez, era saldar la situación con una nueva guerra civil, innecesaria para el decoro é intereses de Maximiliano.

Por otra parte, el gobierno que dejara el Archiduque, debiendo tener como enemigos á Juárez y al gobierno francés, no podía tener prestigio, ni fuerza, ni ocasión de devolver al pueblo mexicano su soberanía.

Maximiliano no podía comunicar ó traspasar á otro una fuerza ó un derecho del que él carecía. Los que aparecían como elementos propios eran en su mayor parte elementos franceses ó íntimamente ligados con la potencia francesa. La única solución posible y digna para Maximiliano, que no había sido más que un mal servidor del Emperador Napoleón III, era renunciar el empleo que éste le había dado, llamándole abdicación, y ante la autoridad del Gobierno francés.

Tampoco le era posible obrar de otro modo, caso de abdicación mientras el ejército francés ocupase el suelo mexicano, porque el mariscal Bazaine no hubiera reconocido á ningún gobierno improvisado por Maximiliano sin el consentimiento de Francia, en lo que hubiera hecho su deber. En la Intervención y el Imperio había comprometidos los intereses puramente personales de Maximiliano, los intereses políticos, militares y pecuniarios de Francia

y los intereses y vidas de los mexicanos que habían llamado ó aceptado la Intervención.

Los intereses puramente personales de Maximiliano quedaban íntegramente salvados con su abdicación y retirada del país. No sucedía lo mismo con los demás grandes intereses franceses y mexicanos comprometidos gravemente á causa de la Intervención. El honor del Archiduque le imponía el ineludible deber de no separar de la abdicación la causa de sus asociados ó cómplices. ¿Se salvaba él? Le correspondía ponerse de acuerdo con el jefe francés y con los comprometidos mexicanos para discutir la resolución más conveniente á los intereses franceses y mexicanos envueltos en el desastre de la monarquía.

Maximiliano debió llamar á Lares y decirle : « Yo no dejaré mis pocos elementos de gobierno y de combate á ningún partido mexicano, porque yo no quiero dejar al país una nueva guerra civil. Me propongo ponerme de acuerdo con el mariscal Bazaine y con usted para encontrar un medio de disminuir las pérdidas de Francia y de impedir que los mexicanos comprometidos por mi causa sean destruídos, arruinados y perseguidos; si ustedes no quieren la paz sino por el contrario, continuar la guerra, quedan en libertad de obrar como les convenga, sin contar con mi apoyo y quedando yo al mismo tiempo libre de obligación de pre-